



# Revista Pelicano

Vol. 5. *El vuelo del pelicano*

ISSN 2469-0775

pelicano.ucc.edu.ar

Agosto 2019 – Córdoba

**Karlijn Demasure**

karlijndemasure@gmail.com

Prof. Dra. Karlijn Demasure es Directora Ejecutiva del Centro de Protección infantil del Instituto de Psicología en la Universidad Pontificia Gregoriana de Roma. Antes fue Decana de la Facultad de Filosofía y de Ciencias Humanas de la Saint Paul University, Ottawa, Canadá.

**DOI:**

<https://doi.org/10.22529/p.2019.5.08>

**La política del significado: discursos sociales sobre el abuso sexual de niños y su influencia en la iglesia católica**

**The Politics of Meaning: Societal Discourses on the Sexual Abuse of Children and Their Influence on the Catholic Church<sup>1</sup>**

## Resumen

Este artículo sobre el abuso sexual de niños contribuye a comprender el cambio del enfoque desde los perpetradores que niega la voz de las víctimas, incluso al punto de considerar a las víctimas como delincuentes sexuales responsables por su abuso, a un enfoque de “las víctimas primero”. La iglesia católica ha sido fuertemente influenciada por los principales discursos en la sociedad que dan poder a los psiquiatras, terapeutas y trabajadores sociales. Sin embargo, con respecto al abuso clerical en la iglesia, se pueden identificar dos discursos distintos. En el primero, el pecado se considera causa del abuso, reduciéndolo a una

---

<sup>1</sup> Traducción del inglés al español a cargo de Diego Fonti. Texto original: Karlijn Demasure (2019). *The Politics of Meaning, Societal Discourses on Sexual Abuse of Children and their Influence on the Catholic Church*. In Vähäkangas A., Angel S., Helboe Johansen K., (eds.), *The Politics of Space and Body. Reforming Practical Theology, International Academy of Practical Theology Conference Series (LAPT.CS)*, 1, 20-28. Disponible en <https://doi.org/10.25785/iapt.cs.v1i0.49>

cuestión de la voluntad. El segundo discurso considera que el abuso sexual infantil se debe al contexto de decadencia moral. Es importante por ello superarlos con una visión sistémica del tema.

**Palabras clave:** abuso sexual infantil, iglesia católica, discursos sociales, enfoque de “víctimas primero”.

### **Abstract**

This paper on child sexual abuse contributes to an understanding of the shift from a focus on perpetrators that denies the voice of the victims, even holding the victims to be sexual delinquents responsible for their abuse, to a “victims first” approach. The Catholic Church has been heavily influenced by the major discourses in society that give power to psychiatrists, therapists and social workers. However, with regard to clerical sexual abuse in the Church, two distinct discourses can be identified. In the first, sin is considered a cause for abuse, reducing it to a matter of the will. The second discourse considers child sexual abuse due to a context of moral decay. Both discourses need to be overcome by means of a systemic view of the issue.

**Key words:** Child Sexual Abuse, Catholic Church, Societal Discourses, “Victims First” Approach.

## Introducción

En décadas recientes el abuso sexual se ha discutido ampliamente en la iglesia católica así como también en la sociedad en su conjunto. Los discursos dominantes en la sociedad se ocupaban previamente más de los perpetradores que de las víctimas. Pero recientemente se ha dado un cambio importante de paradigma: las víctimas han dado un paso al frente dando testimonio de cómo el abuso ha arruinado sus vidas y exigiendo justicia. Esto ha resultado en una aproximación de “víctimas primero”.

Este texto es una contribución para comprender el cambio del enfoque desde el que se centraba en los perpetradores y negaba las voces de las víctimas, incluso al punto de poner a las víctimas como delincuentes sexuales responsables de su abuso, a una perspectiva de las “víctimas primero”. La iglesia católica ha sido fuertemente influenciada por los principales discursos en la sociedad que le dan poder a los psiquiatras, terapeutas y trabajadores sociales. Sin embargo, frente a la cuestión del abuso sexual clerical en la iglesia se pueden identificar dos discursos distintos. En el primero, el pecado se considera causa del abuso, reduciéndolo a una cuestión de la voluntad. El segundo discurso restringe el abuso sexual infantil a una cuestión vinculada con la decadencia moral, en especial en el ámbito norteamericano, por lo cual lo que afecta a la iglesia es lo que afecta a la sociedad en su conjunto. También, los discursos dominantes en la sociedad se ocupaban previamente más de los perpetradores que de las víctimas. Pero recientemente se ha operado un cambio importante de paradigma: las víctimas han tomado un lugar preponderante y visible, dando testimonio de cómo el abuso arruinó sus vidas, y están exigiendo justicia. Esto resultó en el enfoque de “víctimas primero”. A pesar de que el enfoque del trabajo se centra en la iglesia católica como tal, los principales discursos de la sociedad tienen un rol importante en su pensamiento y acciones. Por lo tanto vale la pena mirar de cerca su interacción.

Este trabajo adopta un enfoque constructivista, que acepta que la sociedad es tanto una realidad objetiva como subjetiva. Sostiene que el significado se construye, llevando a una realidad que se toma por dada. Foucault y Derrida han mostrado convincentemente que el lenguaje crea el marco en el cual la vida psicológica y social toma forma. Si se considera psicópata a alguien que ha abusado de un menor, se le da al mismo tiempo un poder a las autoridades legislativas; la decisión de poner a alguien en una institución psiquiátrica –y no en una prisión– se basa en el testimonio de un psiquiatra. De este modo, el lenguaje no sólo crea significado, sino que todo discurso también lleva a consecuencias prácticas. Se sigue que los discursos se pueden construir para servir a ciertos propósitos (Gergen 1999, p.42). Por ejemplo, se puede construir un discurso que se enfoca en acusaciones falsas para no

tener que pagar compensaciones, lo que lleva a la situación de no creer más a las víctimas y liberar a los perpetradores.

Dentro de los límites de este texto, revisaré la historia desde inicios del s. XX hasta la actualidad. Un análisis de algunos de los principales discursos sobre el abuso sexual de menores revelará tanto el significado que se le otorgó como el propósito y las consecuencias de tales discursos. Esto dejará en claro que el estatuto de la víctima y del victimario no es algo fijo sino que cambia con el tiempo. Ser consciente de la evolución histórica del significado es ser consciente del hecho que las categorías que usamos para las personas involucradas crean a menudo mucho sufrimiento (Gergen 1999, p.48). Por eso necesitamos hacernos las preguntas: ¿quién gana?, ¿quién queda dañado?, ¿quién es silenciado? Este trabajo se basa en el estudio de un amplio número de textos científicos que describen o investigan, o son expresiones de, los períodos particulares de análisis. El primer grupo de textos se puede ver en clave histórica, describiendo cómo el abuso sexual se examinó en un período específico; el segundo grupo incluye investigaciones empíricas basadas en entrevistas o el análisis de fuentes, tales como periódicos y revistas; mientras que el tercer grupo se enfoca en la construcción y significado del fenómeno del abuso.

## **Definiciones**

Actualmente, la Organización Mundial de la Salud define al abuso sexual infantil como “involucrar a un niño en una actividad sexual que él o ella no comprende totalmente, a la que es incapaz de dar consentimiento informado, o para la cual no está preparado en su desarrollo o que también viola las leyes o tabús sociales de una sociedad. Los niños pueden ser abusados sexualmente tanto por adultos como por otros niños que están –debido a su edad o grado de desarrollo– en una posición de responsabilidad, confianza o poder sobre la víctima” (WHO, 2006).

El Diccionario Oxford define a la política como “los principios que se relacionan con o son inherentes a una esfera o actividad, especialmente cuando conciernen al poder y estatus” (*Oxford Dictionary of English*, 3° ed., “Politics”). Usamos el término “política” en este sentido amplio, o sea en tanto se conecta con relaciones de poder y estatus. Dentro de este contexto examinaremos en este trabajo los principales discursos sobre el abuso sexual de menores.

Un discurso expresa significado por medio del lenguaje, lo que a su vez influye en la identidad y en las prácticas sociales y políticas (Burr, 1995, p.64). Es un modo de hablar sobre y entender una realidad específica. Sin embargo, para Foucault el discurso no se

limita al lenguaje, incluye las prácticas (Hall, 2001, p.72). El discurso se relaciona con el poder, operando por reglas de exclusión. Quienes están en el poder deciden qué se puede discutir, cuándo y cómo se puede hablar, y “quién gana, quién queda lastimado, quién es silenciado, qué tradiciones se sostienen, cuáles se socavan” (Gergen, 1999, p.62). En el análisis del discurso, la preocupación primaria no es si las perspectivas examinadas son verdad, sino más bien “qué intereses sirven, qué relaciones de poder sostienen” (Miller, 1990, p.118).

La construcción social de la realidad no depende sólo del discurso sino de un entramado múltiple de discursos simultáneos, cada uno viendo al “mundo” desde cierta perspectiva. Se puede oponer a los discursos prevalentes o dominantes con contra-discursos. Cuando los sin voz y oprimidos comienzan a hablar por sí, siempre es político porque sólo quienes han sido oprimidos pueden formar un contra-discurso, y al hacerlo se resisten al poder opresor (Moussa y Scapp, 1996, pp.92-93).

### **¿Dice la verdad o inventa fantasías?**

Los europeos comenzaron a prestarle más atención al abuso sexual infantil a fines del s. XIX, primariamente en Gran Bretaña y Francia. En Francia el descubrimiento surgió de la investigación en el campo de la medicina forense. Importantes obras publicadas por Ambroise Tardieu (1867), y Paul Brouardel (1909) presentaron su investigación sobre casos de ataques indecentes, lo que consideraban una forma de violencia física. Tardieu constató que tres cuartos de los acusados de violación estaban acusados de violar a niños (Olafson, Corwin y Summit 1993, p.8). La tradición forense francesa documentó decenas de miles de casos de abuso sexual y violación.

Se especula que, mientras estudiaba en la morgue de París, Sigmund Freud pudo haber estado presente cuando Brouardel realizó autopsias sobre víctimas de abuso sexual. Sin embargo, cuando Freud publicó sus *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie* (Tres ensayos sobre teoría sexual) en 1905, afirmó que es más bien excepcional que los niños sean el único objeto sexual. En su opinión, los niños y niñas sólo tenían ese rol “cuando un individuo cobarde e impotente se procura semejante subrogado o cuando una pulsión urgente (que no admite dilación) no puede apropiarse en el momento de un objeto más apropiado” (Freud, 1910, p.40). Y continúa: “Así, el abuso sexual contra los niños se presenta con inquietante frecuencia en maestros y cuidadores, meramente porque se les ofrecen más oportunidades para ello” (Freud 1910, p.41). Así, Freud distingue entre causas individuales (individuo cobarde, impotente) y causas situacionales (no haber objeto propio).

Inicialmente Freud defendió la idea de que los traumas presentes en mujeres histéricas adultas eran el resultado de un abuso sexual verdadero (real) en su niñez (Freud, 1998), pero se retrató de su teoría de seducción en los *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie* (Schusdek, 1996). A partir de ese momento mantuvo su convicción de que las escenas de seducción narradas por sus pacientes nunca habían tenido lugar, y en cambio eran fantasías inventadas. Una razón crucial para esto era que no podía creer que el incesto estuviera tan extendido (Smart, 1999, p.397).

La opinión de que los niños inventan historias, y consecuentemente historias de abuso sexual, fue revitalizada con la controversia en torno al síndrome de falsa memoria y las falsas acusaciones de abuso sexual infantil a fines de la década de 1980 (Beckett, 1996). Mientras que K. Beckett describe la fase anterior a 1980 como caracterizada por grupos que militaban en contra de la negación colectiva del abuso sexual infantil (Beckett, 1996, p.69), desde 1985 en adelante aparecieron artículos que opinaban que la mayoría de los casos de abuso eran acusaciones falsas porque los niños efectivamente mienten y ciertas preguntas guiadas podrían llevarles a eso (Waller, 1991). La Fundación Síndrome de Falsa Memoria (FMSF), creada en marzo de 1992, define ese síndrome como una condición en la cual la gente recuerda cosas que no sucedieron efectivamente. La terapia y la hipnosis se consideraban responsables de evocar esas memorias (FMSF 2013). La fundación fue bastante exitosa porque, como dice Bates, lograron influenciar a los medios, “apoyada por el estatus y autoridad de muchos de los espónsores académicos y profesionales” (Beckett, 1996, p.73).

### **El perpetrador**

Al mismo tiempo que Freud consideraba la histeria como consecuencia del abuso sexual, los gobiernos comenzaron a considerar un crimen el abuso sexual de niños. En Gran Bretaña, la edad de consentimiento se elevó de diez a trece años en 1875, y a dieciséis en 1885, y el incesto se criminalizó en 1908 (Olafson, Corwin y Summit, 1993, p.9; Smart, 1999, pp.392–394). En Holanda la edad de consentimiento se fijó en dieciséis años en 1886 (Brongersma, 1984, p.81).

La denominación “psicópata sexual”, originada en la obra *Psychopathia Sexualis* de Krafft-Ebing, en el capítulo “Sexualidad patológica en sus aspectos legales”, publicada en 1884, fue de gran influencia en el discurso sobre los perpetradores. Al discutir el abuso sexual de niños, Krafft-Ebing diferenciaba entre casos psicopatológicos y no patológicos. Los casos no patológicos eran el resultado de “debilidad moral o impotencia psíquica”, mientras que

los psicopatológicos eran “debilidades adquiridas” y estaban causados, por ejemplo, por el alcoholismo o una predisposición degenerada. Además, Krafft-Ebing denominaba a esa debilidad moral, que consideraba un vicio, como “perversidad” y llamaba a la patología, la enfermedad, una “perversión” (Angelides, 2005, p.274).

Basada en esa discusión, la ley criminal de Estados Unidos entendía a toda persona que cometía abuso sexual con menores como un “psicópata” (Freedman, 1987, p.91). El “psicópata sexual”, como categoría legal, que consideraba al psicópata curable y sólo peligroso para la sociedad hasta su cura, fue un experimento (Prager, 1982, p.50). Se internaba a los perpetradores en cuidado psiquiátrico en lugar de la prisión. El estado seguía basándose en conocimiento médico insuficiente, y a menudo la hospitalización era “la ruta más corta a la libertad” (Prager, 1982, p.55).

A partir de la década de 1930, creció progresivamente un consenso de que la denominación “patología sexual” era inadecuada (Freedman, p.987). Se buscaron descripciones más específicas para diferenciar entre los perpetradores que eran peligrosos de otros, y aquellos que tenían un desorden mental (Weisberg, 1984, p.30).

Desde la década de 1920 hasta 1960 el abuso sexual desapareció del radar. L. Gordon argumenta que en los Estados Unidos una declinación en el feminismo condujo a una reducción en la preocupación por el bienestar infantil (Gordon, 2002). Fue solo en la década de 1970 que el “psicópata sexual” cambió su denominación por “sex offender” (ofensor sexual) y “child molester” (abusador infantil), haciendo más visibles a las víctimas.

Resumamos: podemos ver que desde el inicio se han hecho distinciones cuando se analizaba a los perpetradores en casos de abuso sexual infantil. Freud hablaba de debilidad e impotencia y sobre aquellos que sufren “impulsos” y se comportan en un modo sexual desviado. Además apuntaba a la fácil accesibilidad como un factor en el abuso (ej. maestros). Por su parte, Krafft-Ebing diferencia entre perversidad (un vicio) y perversión (una enfermedad). Así, no todo abuso ocurre por la misma razón. Sin embargo, si se ve el modo cómo los medios cubrieron la crisis de abuso en la iglesia católica en la década de 1980, se reconoce que las distinciones se perdieron y el perfil del sacerdote que comete abuso sexual se redujo a un tipo único, el sacerdote pedófilo, mayoritariamente debido al cubrimiento mediático que sólo se enfoca en los casos más sensacionales (Jenkins, 1996).

### **Enmarcando la pedofilia en términos positivos**

Los Informes Kinsey, “Comportamiento sexual en el humano masculino” (*Sexual Behavior in the Human Male*, 1948) y “Comportamiento sexual en el humano femenino” (*Sexual*

*Behavior in the Human Female*, 1953), influyeron mucho en las ideas sobre el comportamiento sexual humano. El comportamiento sexual desviado parecía menos excepcional que lo que se pensaba previamente, lo cual pudo haber tenido un papel en la “revolución sexual de los ’60”, una reacción contra “la represión de la sexualidad” que abogaba por la celebración de la sexualidad como una parte normal de la vida, no reprimida por familia, sociedad, iglesia o gobierno. Abrazando el “amor libre” como ideal, muchas personas se involucraron en la experimentación sexual.

Eso también afectó las actitudes hacia la pedofilia; se puso énfasis en el significado etimológico del término: amor por un niño. Un grupo de personas defendía la opinión de que “una relación sexual entre un adulto y un niño” –nótese la diferencia en el discurso– no debía ser siempre considerada abuso. Este grupo trató de influir en la legislación y buscó disminuir la edad del consentimiento en las relaciones sexuales. En 1979, el diario norteamericano *Gay Community News* pidió la derogación de todas las leyes sobre edad de consentimiento y la libertad de toda forma de expresión sexual (Angelides, 2005, p.281).

El lobby a favor de la disminución asumía que la sexualidad es una forma de comportamiento social, por lo cual no puede hacerse una diferencia intrínseca o esencial entre el comportamiento normal o anormal. En este paradigma sólo hay comportamiento que se conforma o no se conforma a las reglas sociales, ya que el comportamiento sexual está afectado por las reglas sociales (Ghijs, Cohen-Kettenis y Vanderschoot, 1994). Entonces, la moralidad de un acto se determina por el hecho de que la relación en cuestión es concretamente una relación sujeto-sujeto y no por el hecho de que la sociedad reconozca una forma particular de relación. Las amenazas de violencia, la tentación por el halago o el dinero y bienes, las diferencias considerables en el estatus social y el engaño sexual, transforman una relación en una relación con un objeto. Como resultado, según esta visión, la pedofilia no es siempre abuso sexual infantil (Van Naerssen, 1989). Además, basados en las intuiciones de Freud, defendían el punto de vista de que los niños eran seres sexuados, y al hacerlo desafiaban la noción de niñez inocente.

Dentro de este contexto, el término perversidad o patología no tiene ningún significado científico y sólo se refiere al conflicto social. La asistencia consiste en eliminar los efectos de la estigmatización social, para que una persona pueda experimentar sus preferencias sexuales. Las consecuencias negativas, si existen, no son el resultado de las relaciones sexuales entre adultos y niños, sino que se deben a las reacciones negativas del entorno.



### **1970–1980: el encuadre feminista, una reinterpretación influyente**

Las décadas de 1970 y 1980 se caracterizan por el encuadre feminista. El abuso sexual infantil llegó al escrutinio público a partir del “síndrome del niño maltratado” (“Battered Child Syndrome”), puesto en agenda por los radiólogos pediátricos. La publicación de un trabajo influyente de C. H. Kempe *et al* en 1962 hizo patente que el abuso de niños era mucho más común de lo que se creía previamente (Whittier, 2009, p.21). Un enfoque renovado sobre el incesto y el abuso sexual infantil surgió particularmente del movimiento de derechos de las mujeres y su defensa de las víctimas/sobrevivientes adultas de violación (Grondin, 2011) y de otros ataques sexuales y físicos.

Dentro del encuadre feminista, el incesto se veía como una práctica que concretaba el control masculino sobre la sexualidad de las mujeres (Scott, 2001). Los temas de niñez fueron considerados como cuestiones de mujeres, y ambos fueron puestos bajo el paraguas del feminismo. Los grupos feministas contradijeron las comprensiones históricas del abuso sexual infantil como actos infrecuentes perpetrados por desviados sexuales. Argumentaron que la violencia sexual era una indicación sintomática de las actitudes sociales patriarcales hacia las mujeres y niños, y de la distribución desigual del poder. Estos grupos trataron de incrementar la atención e incrementar la comprensión de la violencia sexual, eran abiertamente críticos de las respuestas del gobierno y del sistema de justicia criminal a las víctimas de la violencia, y confrontaban las definiciones legales que no integraban los actos no-penetrativos (Angelides, 2004, p.141).

Dentro del encuadre feminista, el abuso sexual infantil devino un problema endémico a las familias nucleares patriarcales, y por lo tanto muy extendido (Scott, 2001, p.352). Las feministas pusieron muchas esperanzas en los medios de comunicación, y efectivamente recibieron mucha atención pública. Pero los medios abandonaron el argumento político y mostraron el abuso como “un problema médico o criminal en lugar de un problema político” (Whittier, 2009, p.9).

A pesar que la sociedad tenía dificultades en aceptar que el abuso de niños tenía causas sistémicas, el argumento feminista de que el abuso sexual es también un abuso de poder se volvió una intuición aceptada hasta hoy; sin embargo, en lugar de quedar ligada a la estructura social como tal, o a las familias patriarcalmente estructuradas, quedó conectada a características individuales o a familias disfuncionales (Scott, 1995). Este cambio hermenéutico también quedó reflejado en las prácticas legales de los Estados Unidos. Los psiquiatras tuvieron que ceder su lugar a los psicólogos y trabajadores sociales que acompañaban a la familia como un todo.

La construcción feminista del abuso sexual infantil sugería lo siguiente: el perpetrador es varón y la víctima femenina; él no es un extraño sino alguien en quien confiaba; el niño es inocente, en contraposición a los análisis libertarios de la sexualidad infantil; el abuso no es algo raro sino extendido; los actos no-penetrativos deben ser considerados abusivos; y la interpretación individual etiológica debe ser reemplazada por causas sistémicas.

### **De seducción a víctima y sobrevivientes**

En los siglos XIX y XX, dos discursos opuestos circularon simultáneamente. El primero subrayaba la inocencia y pureza de un niño, entendiendo por eso la desexualización. De acuerdo al segundo, el niño era malo (pecaminoso), inclinado al mal, y requería de una dura educación; así, un niño podía también seducir a un adulto, que caía víctima de los engaños del niño (Whittier, 2009, p.5).

El descubrimiento de Freud de la sexualidad infantil llevó a la opinión de que el sexo entre adultos y niños debía de ser buscado por los últimos y que los niños son concretamente los seductores más que los seducidos. Un importante estudio de víctimas de abuso infantil, del cual el 80% eran mujeres, en la Clínica Langley Porter (California), describía “la mayoría de las víctimas como ‘seductoras’, ‘coqueteadoras’ y sexualmente precoces” y afirmaba que “en casi cinco sextos de los casos” la víctima infantil era “parte participante en el acto sexual” (Weiss *et al.*, 1955). En ese marco interpretativo, el abuso sexual se definió como problema de la percepción de la víctima (Conte, 1994, p.226).

Las feministas insistieron en que el niño o la niña no es un partícipe voluntario, sino inocente. El término “víctima” se usó para dejar claro que el niño o niña abusado, dominado por su victimario, no tiene culpa. Las feministas estaban mayormente interesadas en las víctimas femeninas, lo que llevó a un marco interpretativo binario de los varones como abusadores y las mujeres/niñas como víctimas. La díada víctima/victimario fortalece la “política de purificación”, en la cual la santidad del niño se refuerza así como la profanidad del victimario, el varón, el pedófilo. Sólo más tarde, cuando se investigó el abuso sexual clerical, en el cual la mayoría de las víctimas son varones, quedó claro que ese discurso de género era incorrecto (McAlinden, 2014, p.184), o al menos que necesita ser más matizado. La díada víctima/victimario también fue sometida a escrutinio cuando la investigación indicó que una víctima podía volverse victimario (McAlinden, 2014, p.186).

Las víctimas deben responder a ciertas normas para ser reconocidos como víctimas, y las cualidades de debilidad, respetabilidad e irreprochabilidad son parte de eso. Aducir ser víctima lleva a menudo a una evaluación del comportamiento de la víctima antes, durante y

después de la victimización. Ella o él debe probar que se adecua a la imagen de víctima “ideal”. Muchos han visto esto como una segunda victimización (Dunn, 2010, p.161).

Pero las características de debilidad, pasividad y no-responsabilidad, no entran bien en una cultura occidental que celebra la fuerza y la responsabilidad. Fue ahí que emergió el término sobreviviente. Dunn sugiere que sería más fácil para las personas identificarse con este término.

Como signo de su agencia, los sobrevivientes hablaron por sí mismos. Testificaron en televisión, en periódicos y conferencias. Escribieron libros en su propio nombre o junto a otras víctimas, y fueron considerados como personas con una pericia que no podía ser reemplazada con el estudio o con cualquier otra experiencia. Algunos incluso afirmaron que por esa razón eran los únicos que tenían el derecho de hablar.

### **El abuso sexual clerical en la iglesia católica y la teología práctica**

Aunque hubo algunos casos previos, el caso en 1984 del padre Gilbert Gauthe<sup>2</sup> en Louisiana y el encubrimiento subsecuente por parte del obispo Gerard Frey es usualmente considerado el punto de partida del escándalo contemporáneo del abuso sexual infantil. En los siguientes párrafos quisiera enfocarme en los discursos dentro de la iglesia católica y las tareas resultantes para los teólogos prácticos.

#### *1. Perpetradores: del pecado a la patología*

Por muchos siglos, la iglesia católica se enfocó en los perpetradores, los pecadores y la posibilidad de perdón. La prioridad dada al perpetrador se enraizaba en una teología de la cruz que se concentra casi exclusivamente en la teología de la expiación, que afirma que Jesús posibilitó el perdón de los pecados por su sufrimiento. En los Estados Unidos, al inicio de la crisis, el perpetrador era considerado un pecador (Demasure y Maisha, 2015). Dentro de este marco interpretativo, la decisión de abusar a alguien dependía de un acto de la voluntad. La solución era la confesión, la conversión, la penitencia, la absolución y el perdón. Debido al secreto de confesión el abuso permanecía secreto. No se tomó ninguna medida capaz de solucionar el problema, y los obispos que sabían del abuso elegían la corrección fraterna o una aproximación pastoral (Doyle, 2006; Geary, 2011, p.84; Jones, 2015, p.244). T.W. Jones argumenta que los Códigos de Derecho Canónico de 1917 y 1983 proveían medidas para castigar a los clérigos que tenían relaciones sexuales con menores de

---

<sup>2</sup> “El p. Gauthe había sido de hecho denunciado ante el obispo varias veces desde 1972, y pronto se descubrió que había abusado de decenas de niños, todos varones y prepúberes con la única excepción de una niña pequeña. Al final se declaró culpable de 39 casos”. Disponible en [http://www.awrsipe.com/Doyle/pdf\\_files/2010-10-12-Manual-History.pdf](http://www.awrsipe.com/Doyle/pdf_files/2010-10-12-Manual-History.pdf)

dieciséis años (2015, p.245). El Papa Benedicto XVI era de la misma opinión, escribiendo en su carta pastoral de 2010 a los católicos de Irlanda que “una preocupación desubicada por la reputación de la iglesia y por evitar el escándalo, [resultó] en una falla en la aplicación de las penas canónicas existentes cuando eran necesarias” (Benedicto, 2010). Pero se ha cuestionado el grado hasta el cual la ley podría haber sido de ayuda, debido a los breves estatutos de limitaciones (cinco años) y los altos estándares de prueba e imputabilidad.

Como se ha mostrado más arriba, la investigación científica empírica sobre la pedofilia y el abuso sexual infantil es bastante reciente. Por lo tanto, antes de la década de 1980 los obispos podrían excusarse por no haber tomado las decisiones correctas al dar múltiples posibilidades a quienes cometían el abuso sexual, por considerarlo un pecado comparable al adulterio. Esto condujo a una política de reubicación geográfica por la cual los clérigos abusadores eran enviados a otras parroquias. Mientras tanto, Th. Doyle, M. Peterson y R. Mouton trabajaban en un documento con el título “El problema del abuso sexual en los clérigos católicos: enfrentando el problema de un modo abarcativo y responsable” (The Problem of Sexual Molestation by Roman Catholic Clergy: Meeting the Problem in a Comprehensive and Responsible Manner), usualmente denominado el “Manual” (Doyle, 2010), para informar a los obispos norteamericanos sobre la real situación problemática del abuso sexual de menores por parte de miembros del clero. La versión final del “Manual” se completó el 14 de mayo de 1985. O sea que desde 1985 ya había disponible información adecuada.

A fines de la década de 1970 y al principio de la de 1980, con los medios de comunicación enfocados en el abuso sexual clerical, los sacerdotes abusadores también fueron caracterizados como pedófilos, o sea como hombres que sufrían de una patología, que necesitaban cuidado y no castigo. Se puede cuestionar hasta qué límite una persona es responsable por sus acciones, pero un punto más importante es por qué la individualización por medio del comportamiento desviado excluye las preguntas sistémicas.

En la década de 1990, un nuevo discurso que veía las causas sistémicas dentro del ámbito cultural se volvió dominante (Terry, 2015). En 1993, en Denver, Juan Pablo II mencionó los “pecados” de los miembros del clero y culpó a la cultura (norteamericana) porque ya no reconocía la verdad, lo que consecuentemente llevaba a la decadencia moral (Doyle, 2006, pp.200–201).

Pero pronto se volvió claro que el abuso sexual infantil era un problema global: Irlanda (1994) fue el primer país europeo que sufrió la crisis de abuso sexual infantil. En 2010 le siguieron varios otros países europeos, como Alemania, Holanda, Bélgica y Austria. El

magisterio reaccionó readaptando la ley canónica, lo que llevó a una política que apuntaba a prevenir el abuso sexual infantil y el encubrimiento.<sup>3</sup>

Según la información que poseo, han sido pocos los artículos escritos por teólogos prácticos sobre miembros del clero que han abusado a otros (Geary, 2006, 2011; Demasure y Joulain, 2016). Sin embargo, muchos pastores deben lidiar con perpetradores en prisiones e instituciones psiquiátricas, por lo que queda mucho trabajo por hacer.

## 2. *Víctimas y sobreviviente*

También se volvió dominante el lenguaje psicológico cuando se habla sobre la víctima: él o ella sufre un trauma. La terapia asegura confidencialidad, pero al mismo tiempo corre el riesgo de reforzar el silencio y la estigmatización. Más aún, corre el riesgo de reforzar la opinión de que el abuso es una cuestión meramente personal, manteniendo aislada a la víctima. No contribuye al cambio social.

El cuidado pastoral de las víctimas está profundamente enraizado en un modelo terapéutico o hermenéutico, enfocándose principalmente en el individuo, pero si queremos tener en cuenta la dimensión socio-política, deberíamos optar por un modelo diferente. L. Bridgers (2001) y J. Pais (1991) examinaron el acompañamiento pastoral desde la perspectiva de la teología de la liberación, que podría ser mejor para los casos de abuso sexual. En su artículo “La vida resucitada: hacia una teología de la liberación para los traumatizados”, Bridgers argumenta que aunque la opresión y la experiencia traumática no pueden confundirse en una sola cosa, son “compañeros extremadamente cercanos” (Bridgers, 2001, p.64). Ambos victimizan a quienes no tienen poder y en ambos casos la policía y el sistema de justicia habitualmente no responden de modo adecuado. Incluso cuando la opresión no se considere la causa del abuso (en contraposición al análisis feminista), en muchas situaciones la opresión ciertamente es un problema después de que el abuso tuvo lugar. Las víctimas son forzadas a quedarse calladas y a no denunciar el abuso. Después de revelar, las víctimas pueden recibir dinero con la condición de que se queden calladas. Si la opresión puede definirse como una pérdida de la voz, entonces ciertamente las víctimas del abuso están oprimidas.

Durante el acompañamiento pastoral, los sobrevivientes expresan sus dificultades con las imágenes tradicionales de Dios, como Dios Padre o Dios Todopoderoso (Pais, 1991; Flaherty, 1992; Nadeau, 2012). En la teología de la liberación, Dios está del lado del

---

<sup>3</sup> *Sacramentorum Sanctitatis Tutela* (2001). Delitos graves reservados a la Congregación de la Doctrina de la Fe. Carta Apostólica, Motu Proprio, por el Papa Juan Pablo II, revisada en 2010 por el papa Benedicto.

oprimido. Pais quiere que los teólogos produzcan una teología que respete al niño o niña. Dios vino a nosotros como niño. Si la desventaja y la debilidad no serán nunca superadas, deben ser respetadas y abrazadas. El niño o niña es Cristo, y quien abusa de un niño o niña abusa de Cristo. Como argumenta E. Borgman, el abuso sexual infantil es el continuo sufrimiento de Cristo (Borgman, 2011, p.15). Sugiero que se integren estas intuiciones en la catequesis, la liturgia y el cuidado pastoral.

Más aun, la teología de la expiación ha sido criticada, porque a menudo mantiene una espiritualidad del martirio y del sacrificio, que permite que el abuso continúe (Brock y Parker, 2001). Estas intuiciones tienen consecuencias para la catequesis, por ej. la muerte de Cristo en la Cruz no debería explicarse solamente en términos del perdón de los pecados, porque son las víctimas aquellas contra quienes se ha pecado (Coulter, 2001).

También se necesita prestar atención al estudio de los sacramentos. Las víctimas reprobaban el hecho de que los perpetradores pueden recurrir al sacramento de la confesión, mientras que ellas fueron dejadas atrás. Podríamos considerar si la unción de los enfermos sería de ayuda en esta cuestión. También es importante usar la hermenéutica de la sospecha respecto de la exégesis y los textos usados en la liturgia, por ej. a qué textos bíblicos se les presta atención en la liturgia y cuáles quedan afuera. Las interpretaciones prevalecientes podrían haber excluido pasajes importantes.

### *3. ¿Y qué pasa con las causas sistémicas?*

En su análisis crítico de la crisis de abuso sexual, M. Keenan se enfoca en la estructura organizativa de la iglesia católica. Ella considera la estructura jerárquica como una causa principal de la crisis de abuso. Esta estructura tiene consecuencias para la rendición de cuentas, que se organiza de abajo hacia arriba, llevando fácilmente a una cultura en la cual la organización como tal queda protegida mientras que las víctimas del abuso son descuidadas (Keenan, 2012, pp.24–53).

El clericalismo ha sido señalado como otro factor que permite el abuso sexual infantil. Se debe distinguir el clericalismo de la cultura clerical, que es una subcultura y no necesariamente negativa. Doyle describe el clericalismo como “fundado en la creencia errónea de que los clérigos constituyen un grupo de elite y, por sus poderes como ministros sacramentales, que son superiores a los laicos” (Doyle, 2006, p.190). Keenan define el clericalismo como “la situación en la cual los sacerdotes viven en un mundo hermético separado y por encima de los miembros no ordenados de la iglesia católica” (Keenan, 2012, p.42). Un elemento importante en estas definiciones es el diferencial de poder. K. Seasoltz

argumenta que las enseñanzas del Vaticano II trajeron cambios importantes, pero que incluso a los sacerdotes recientemente ordenados les es difícil aceptarlos teológicamente y también prácticamente, y continúan adoptando el modo de vida anterior (Seasoltz, 2010, p.141).

La admisión a los seminarios y la formación también se consideran una causa sistémica de abuso. En el Sínodo de Obispos de 1970 en el Vaticano, los doctores C. Baars y A. Terruwe presentaron un trabajo basado en sus cuarenta años de práctica psiquiátrica. Encontraron que de 60% a 70% de los sacerdotes sufrían de inmadurez emocional (Baars and Terruwe, 1970, p.3). Esto coincide con el estudio de E. Kennedy, encomendado por la Conferencia Nacional de los Obispos Católicos de los Estados Unidos.

Él llegó a la conclusión de que el 7% de los sacerdotes norteamericanos están psicológicamente y emocionalmente desarrollados, 18% están en desarrollo, 66% están subdesarrollados y 8 % están mal desarrollados (Kennedy, 1972, p.11). Estos números son importantes, ya que se ha sugerido que la inmadurez emocional es un factor central en la etiología del abuso sexual de menores.

## **Conclusión**

El discurso más influyente que circula en la sociedad también dominó el discurso de la iglesia católica. Todos los sacerdotes que abusaron fueron retratados como pedófilos, implicando que sufrían de una patología. En el ámbito público, no hubo espacio para un discurso con más variables, que reconociera la complejidad del fenómeno del abuso sexual. Además, incluso aceptando que el abuso sexual infantil era un crimen, la influencia del discurso psiquiátrico siguió siendo poderosa.

Sin embargo, con respecto al abuso clerical en la iglesia, se pueden identificar dos discursos distintos. En el primero, se considera al pecado como causa del abuso, reduciéndolo a una cuestión de la voluntad. El segundo discurso restringe el abuso sexual infantil al contexto norteamericano, sugiriendo que la decadencia moral ha contaminado al clero de esa región.

Dentro de la iglesia católica, el discurso sobre víctimas/sobrevivientes también siguió en sus grandes líneas la actitud social: inicialmente, ese discurso se evitaba, y el silencio se impuso para evitar el escándalo. Cuando las víctimas/sobrevivientes finalmente fueron escuchadas y se les creyó, el discurso psicológico se hizo dominante, tal como el trastorno de estrés postraumático, y la necesidad de que las víctimas reciban terapia, lo que dejó de lado a los factores sistémicos.

Para concluir, dada la prevalencia del abuso sexual infantil (1 de cada 5 niñas, 1 de cada 13 niños), sugiero que en la formación de teólogos prácticos, el abuso sexual infantil debería ser abordado tanto como cuestión individual como cuestión sistémica. Espero que no sólo el cuidado, sino también la prevención, sean parte de la formación. Esto ciertamente ayudaría a hacer del mundo un lugar más seguro para los niños.

### Referencias bibliográficas

- ANGELIDES, S. (2004). Feminism, “Child Sexual Abuse and the Erasure of Child Sexuality”, *GLQ, A Journal of Lesbian and Gay Studies*, 10 (2), 141–177.
- ANGELIDES, S. (2005). The Emergence of the Pedophile in the Late Twentieth Century. *Australian Historical Studies*, 36 (126), 272–295.
- BAARS, C. y TERRUWE, A. (1970). “The Role of the Church in the Causation, Treatment and Prevention of the Crisis in the Priesthood”. Disponible en [http://www.awrsipe.com/Docs\\_and\\_Controversy/1971–11-Conrad%20Baars%20 Paper.pdf](http://www.awrsipe.com/Docs_and_Controversy/1971–11-Conrad%20Baars%20Paper.pdf). 1–20.
- BECKETT, K. (1996). “Culture and the Politics of Signification : the Case of Child Sexual Abuse”, *Social Problems*, 43 (1), 57–76.
- BENEDICTO XVI. (2010). “Summary of the Pope’s Pastoral Letter to the Catholics of Ireland”. Disponible en [http://www.vatican.va/ressources/resources\\_sintesi-lettera-irlanda-2010\\_en.html](http://www.vatican.va/ressources/resources_sintesi-lettera-irlanda-2010_en.html).
- BERNARD, P. (1886). *Des attentats à la pudeur sur les petites filles*. Paris: O.Doin.
- BORGMAN, E. (2011). “Verlossing in nauwe verbondenheid met kwaad. Theologische reflecties over een kerk waarin minderjarigen seksueel worden misbruikt”, en *Grensoverschrijdingen geduid. Over seksueel misbruik in katholieke instellingen*, editado por Erik Borgman en Rik Torfs, 13–33. Nijmegen: Valkhoff Pers.
- BRIDGERS, L. (2001). The Resurrected Life: Toward a Theology of Liberation for the TRAUMATIZED. *Journal of Religion and Abuse*, 3 (3–4), 61–80.
- BROCK, R., NAKASHIMA y PARKER, R. (2001). *Proverbs of Ashes : Violence, Redemptive Suffering, and the Search for what Saves us*. Boston, Massachusetts: Beacon Press.
- BRONGERSMA, E. (1984). Aggression against pedophiles. *International Law and Psychiatry*, 7, 79–87.
- BROUARDEL, P. (1909). *Les attentats aux moeurs*, en *Cours de médecine légale de la faculté de médecine de Paris*. Paris: Baillière.
- BURR, V. (1995). *Social Constructionism*. London-New York: Routledge.



- CONTE, J. R. (1994). Child Sexual Abuse: Awareness and Backlash. *The Future of Children* 4 (2), 224–232.
- COULTER, L. (2001). A Pastoral Theology for the Sinned Against: Adult Christian Women Sexually Abused as Children. *American Journal of Pastoral Counseling* 3 (3–4), 187–205.
- DEMASURE, K. y MAISHA, B. (2015). L'abus sexuel des enfants: Pêché ou pathologie? Une réflexion interdisciplinaire sur la question. *Studia Canonica* 49 (1–2), 139–160.
- DEMASURE, K., JOULAIN, S. y PHILLIPS, K. (2016). Perspectives and Challenges in Pastoral Care for Child Sex Offenders. *Counselling and Spirituality* 35 (2).
- DOYLE, T. (2006). “Clericalism, Enabler of Clergy Sexual Abuse”, *Pastoral psychology*, 54 (3):189–213.
- DOYLE, T. (2010). *A Short History of the Manual*. Disponible en [http://www.awrsipe.com/Doyle/pdf\\_files/2010-10-12-Manual-History.pdf](http://www.awrsipe.com/Doyle/pdf_files/2010-10-12-Manual-History.pdf)
- DUNN, J. L. (2010). Vocabularies of Victimization: Toward Explaining the Deviant Victim. *Deviant Behavior*, 31, 159–183.
- FLAHERTY, S. M. (1992). *Woman, Why Do You Weep? Spirituality for Survivors of Childhood Sexual Abuse*. Mahwah-New Jersey : Paulist Press.
- FMFS. (2013). “Early History of the False Memory Syndrome Foundation”. Disponible en <http://www.fmsfonline.org/?about=Early-History>
- FREEDMAN, E. B. (1987). “Uncontrolled Desires”: The Response to the Sexual Psychopath, 1920–1960. *The Journal of American History*, 74 (1), 83–106.
- FREUD, S. (1910). *Three Contributions to Sexual Theory*. New York: The Journal of Nervous and Mental Disease Publishing Company. Disponible en <http://www.bartleby.com/278/1.html>.
- GEARY, B. (2011). “A strip of white with the might of an Empire behind it. Contributions of the Catholic Hierarchal System to Sexual Abuse of Children”. En Brendan Geary y Joanne Marie Greer (eds.), *The Dark Night of the Catholic Church. Examining the Child Sexual Abuse Scandal* (pp.71–108). Buxhall, Stowmarket, Suffolk: Kevin Mayhew.
- GEARY, B. (2010). Resurrection Themes in the Care of Sex Offenders. *Practical Theology*, 3 (1), 9–22.
- GEARY, B., CIARROCCHI, J. W., y SCHEERS, N.J. (2006). Sex Offenders, Spirituality, and Recovery. *Counselling and Spirituality*, 25 (1), 47–71.
- GERGEN, K. J. (1999). *An Invitation to Social Construction*. London-Thousand Oaks-New Dehli: Sage Publications.

- GHIJS, L., P., COHEN-KETTENIS, y VANDERSCHOOT, P. (1994). Psychologische en biologische theorieën over para-filieën. *Tijdschrift voor Seksuologie*, 18, 3–32.
- GORDON, L. (2002). *“Heroes of their Own Lives” The Politics and History of Family Violence*. Urbana-Chicago: University of Illinois Press.
- GRONDIN, A.-M. (2011). Thinking outside Specious Boxes: Constructionist and Post-structuralist Readings of ‘Child Sexual Abuse’. *Sex Education*, 11 (3), 243–254.
- HALL, S. (2001). “Foucault: Power, Knowledge and Discourse”. En Margareth Wetherell, Stephanie Taylor, Simeon J. Yates (eds.), *Discourse Theory and Practice: A Reader*. London: Sage.
- JENKINS, P. (1996). *Pedophiles and Priests, Anatomy of a Contemporary Crisis*, New York, Oxford: Oxford University Press.
- JONES, T. (2015). Sin, Silence and States of Denial: Canon Law and the ‘Discovery’ of Child Sexual Abuse. *Australian Feminist Law Journal*, 41 (2), 237–252.
- KEENAN, M. (2012). *Child Sexual Abuse & the Catholic Church. Gender, Power and Organizational Structure*. Oxford-New York: Oxford University Press.
- KEMPE, C. H., SILVERMAN, F. N., STEELE, BRANDT F., DROEGEMULLER, W. y SILVER, H. K. (1962). The Battered Child Syndrome. *Journal of the American Medical Association*, 17–24.
- KENNEDY, E. (1972). *The Catholic Priest in the United States: Psychological Investigations*. Washington, DC: U.S. Catholic Conference.
- KINSEY, A. C., POMEROY, WARDELL B., y MARTIN, CLYDE E. (1948). *Sexual Behavior in the Human Male*. Reedición 1998. Indiana University Press.
- KINSEY, A., POMEROY, WARDELL B., MARTIN, C. E., y GEBHARD, P. H. (1953). *Sexual Behavior in the Human Female*. Reedición 1998. Indiana University Press.
- MCALINDEN, A.-M. (2014). Deconstructing victim and Offender Identities in Discourses of Child Sexual Abuse. Hierarchies, Blame and the Good/Evil Dialectic. *British Journal of Criminology*, 54, 180–198.
- MILLER, S. (1990). Foucault on Discourse and Power. *Theoria*, 76,115–125.
- MOUSSA, M. y SCAPP, R. (1996). The Practical Theorizing of Michel Foucault: Politics and Counter-Discourse. *Cultural Critique*, 33, 87–112.
- NADEAU, J.-G., GOLDING, C., y ROCHON, C. (2012). *Autrement que victimes. Dieu enfer et résistance chez les victimes d’abus sexuels*. Montréal, Novalis.
- OLAFSON, E., CORWIN, D. L., y SUMMIT, R. (1993). Modern History of Child Sexual Abuse Awareness: Cycles of Discovery and Suppression. *Child Abuse and Neglect*, 17, 7–24.

- PAIS, J. (1991). *Suffer the Children. A Theology of Liberation by a Victim of Child Abuse*. New York/Mahwah : Paulist Press.
- PRAGER, I. (1982). Sexual Psychopathy and Child Molesters: The Experiment Fails. *Journal of Juvenile Law*, 6, 4–8.
- SCHUSDEK, A. (1996). “Freud’s Seduction Theory”: A Reconstruction. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 2(2), 159–166.
- SCOTT, D. (1995). The Social Construction of Child Sexual Abuse : Debates about Definitions, and the Politics of Prevalence. *Psychiatry, Psychology and Law*, 2 (2), 117–126.
- SCOTT, S. (2001). Surviving Selves. Feminism and Contemporary Discourses of Child Sexual Abuse. *Feminist Theory*, 2 (3), 349–369.
- SEASOLTZ, K. (2010). Clericalism: A Sickness in the Church. *The Furrow*, 61 (3), 135–142.
- SMART, C. (1999). A History of Ambivalence and Conflict in the Discursive Construction of the “Child Victim” of Sexual Abuse. *Social and Legal Studies*, 8 (3), 391–409.
- TARDIEU, A. (1867). *Etude médico-légale sur les attentats aux mœurs*. Paris: J.B. Ballière.
- TERRY, K. (2015). Child Sexual Abuse within the Catholic Church: a Review of Global Perspectives. *International Journal of Comparative and Applied Criminal Justice*, 39 (2), 139–154.
- VAN NAERSEN, L. (1989). Pedofilie, een controverse in de seksuologie. *Tijdschrift voor Seksuologie*, 13, 95–100.
- VON KRAFFT-EBING, R. (1884). *Psychopathia Sexualis. Eine Klinisch-Forensische Studie*. Stuttgart: Verlag von Ferdinand Enke.
- WALLER, P. (1991). “The Politics of Child Abuse”, *Society* 28 (6): 6–13.
- WEISS, J., ROGERS, E., DARWIN, M. R., y DUTTON, C. E. (1955). A Study of Girl Sex Victims. *The Psychiatric Quarterly*, 29/1–4, 1–27.
- WEISBERG, D. (1984). The Discovery of Sexual Abuse: Experts’ Role in Legal Policy Formulation. 18 *U.C. Davis Law Rev.*, 1 (58), 1–57.
- WHITTIER, N. (2009). *The Politics of Child Sexual Abuse. Emotion, Social Movements and the State*. Oxford, New York: Oxford University Press.
- WHO (2006). *Preventing Child Maltreatment: a Guide to Taking Action and Generating Evidence*. Disponible en [http://whqlibdoc.who.int/publications/2006/9241594365\\_eng.pdf](http://whqlibdoc.who.int/publications/2006/9241594365_eng.pdf)